

VERDUGO DE CASTILLA, Ana, Sor Ana de San Jerónimo. Madrid, 1696 - Granada, 11/XI/1771. Poeta.

Aunque nacida en Madrid, la vida de Ana, hija de los granadinos condes de Torrepalma, Pedro Verdugo e Isabel de Castilla, habría de transcurrir en Granada, donde recibió una educación esmerada desde su más temprana infancia, propia de una familia de arraigada tradición cultural. De hecho, se puede recordar que su hermano menor, Alonso (1706-1767), conde también de Torrepalma, será uno de los principales componentes de la célebre Academia dieciochesca del Buen Gusto, donde leerá sus composiciones literarias entre enero de 1749 y septiembre de 1751 y en la que ocupará varios cargos, conociéndosele por el sobrenombre de *El Difícil*. Pero también Ana Verdugo participaría en esta Academia, como pone de manifiesto la inclusión en las Actas de la sesión celebrada el día 20 de agosto de 1750 de su poema titulado “Afectos de vn alma religiosa. A una imagen de Jesús niño llevando la cruz a el ombro, y vna oveja asida de vna trailla, en la noche del Nacimiento”. En esas fechas ella llevaba ya más de veinte años recluida en el convento granadino franciscano del Ángel, por lo que la lectura del poema corrió a cargo de su hermano.

Ana Verdugo manifestó desde su infancia un gran interés por las cuestiones intelectuales, especializándose pronto en las literaturas griega, latina, española e italiana. La educación de la niña corrió a cargo de su propio padre, hombre de gran cultura humanista, que le proporcionó una instrucción muy poco habitual en las mujeres de su época. La niña demostró una afición tan precoz hacia la poesía que se cuenta que a la temprana edad de tres años compuso una redondilla dirigida al médico que visitaba a una sirvienta de la casa: “Yo no quiero que penséis/ que me tapo de vos hoy,/ sino que penséis que estoy/ durmiendo, y no me miréis”. Esta anécdota se relata en el prólogo que precedería a la edición póstuma de sus poemas.

Durante su juventud concilió la frecuente lectura de la rica biblioteca paterna con la atención de actividades piadosas, en las que acompañaba a su madre, demostrando así una íntima fe que siempre la caracterizó. Además, su carácter inquieto y activo, dotado para las bellas artes, la llevó también a cultivar la pintura, uniéndola de modo singular a la literatura: “Sus cuadros, de asuntos siempre religiosos, los hacía a instancias de personas con quienes estaba ligada por vínculos de parentesco y amistad, y los enviaba acompañados siempre de epístolas generalmente escritas en estilo jocoso, describiendo el cuadro y hablando siempre de sí con la no fingida modestia que correspondía a sus angélicas virtudes”. José Parada y Santín, que escribió en 1904 un artículo sobre “Pintoras granadinas” al que pertenecen estas palabras, reproduce el romance que Ana Verdugo envió a su amiga Sor Marcela de San Bernardo, hija del Marqués del Salar, junto con dos cuadros que representaban a San Miguel: “Desmintiéndose divino/ va (negado a los retratos),/ y por culpas del pincel/ también se desmiente humano.//El pintor pinta su genio,/ y aunque esta gracia no alcanzo/ según salió de severo,/ casi que pienso en pensarlo.//Pero es el ángel guerrero/y es providencia el acaso,/ y de ver que yo lo pinto/ bien puede haberse enfadado”.

Una profunda vocación la impulsó a ingresar en 1729 en el convento del Ángel Custodio de Granada, de la Orden Franciscana (radicado en aquellos años en la calle de la Cárcel), a pesar de la oposición de sus padres. Allí profesó un año después, adoptando el nombre de Ana de San Jerónimo. A partir de esa fecha, la temática de sus escritos, realizados por obediencia a sus superiores, se centró únicamente en motivos religiosos.

Tras llevar una existencia consagrada a la oración, la penitencia y el retiro espiritual, Ana Verdugo falleció el día once de noviembre de 1771, después de más de

cuarenta años de vida religiosa. A su muerte, dejaba una obra poética inédita de considerable importancia, que llevó a un canónigo cordobés, a quien ella enviaba sus textos para solicitar su opinión, a realizar una edición dos años más tarde. Así se publicó el volumen titulado *Obras poéticas de la Madre Sor Ana de San Gerónimo, Religiosa profesora del conv. del Ángel, Franciscas Descalzas de Granada. Recogidas antes, y sacadas a luz después de su muerte, por un apasionado suyo* (Córdoba, Oficina de Juan Rodríguez, 1773).

La indudable calidad literaria de estos poemas llevó a Manuel Serrano y Sanz a afirmar que Ana Verdugo “tenía más alientos que la mayor parte de los versificadores de su tiempo”.

BIBL.: PARADA Y SANTÍN, José, “Pintoras granadinas”, *La Alhambra* (Granada), T. VII, nº 147, 30 de abril de 1904, 65-67; SERRANO Y SANZ, Manuel, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas. Del año 1401 a 1833*, Madrid, Est. Tip. Suc. de Rivadeneyra, 1905, vol. II; DÍAZ SERRANO, Joaquín, “Escritora residente en Granada. D^a Ana Verdugo de Castilla”, *La Alhambra* (Granada), T. XIV, nº 317, 31 de mayo de 1911, 217-220; SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Ensayo de un diccionario de mujeres célebres*, Madrid, Aguilar, 1959; TORTOSA LINDE, María Dolores, *La Academia del Buen Gusto de Madrid (1749-1751)*, Granada, Universidad de Granada, 1988; CORREA RAMÓN, Amelina, *Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX)*, Granada, Universidad/ Diputación, 2002, págs. 445-450.

A. C. R.